

Mi marido, en estos momentos, se está acostando con otra mujer. Sus manos largas y huesudas, sus dedos manchados de nicotina habrán tirado con brutalidad la colcha de raso color verde de la cama al suelo y, mientras se va desabrochando el cinturón, estará besando a Neneta en el hombro. Lo sé porque todos los días veo los cardenales que Neneta tiene en el cuello y adivino el paso de los dientes y los labios de mi marido desde el hombro hasta su barbilla, el mismo sendero que recorría cuando nos casamos, hace ya veinticinco años. Y conozco el color de la colcha porque la habitación es igual a ésta. Está al final del pasillo, y la misma lluvia mansa e insidiosa nos está acunando a los tres.

Me miro en el espejo ovalado de mi habitación, algo empañado, con las mismas manchas de color marrón que el dorso de mis manos. Aquí, justo en este hueco entre el cuello y el hombro, le gustaba a Alfonso quedarse dormido. Yo me levantaba con la piel irritada por el roce de su bigote, pero lucía estas señales como una condecoración. Ahora los tendones del cuello se me marcan como cuerdas de guitarra.

Esta blusa de Worth tiene los botones tan pequeños que me cuesta desabrochármelos yo misma, es lo que siempre me ha gustado menos de mi toilette, lo de abotonarme y desabotonarme la ropa, pero no soporto los «automáticos» porque los encuentro dégoûtants y muy clase media. Y no digamos quitarme las joyas. El collar de perlas que me dejó mi madrina, la emperatriz Eugenia, los pendientes de brillantes que hacen juego con la pulsera, el relojito de oro de Cartier. Los corchetes del sujetador. Las enaguas de crêpe de chine, los mil botones de esta damned blusa de muselina. Pero ahora no tengo ganas de llamar a la pobre Rosario, que tan preocupada está por mí, para que me ayude. Además, ¿qué le voy a decir?

—Tengo ganas de verme desnuda en el espejo.

Si me saco la blusa por la cabeza me despeinaré, pero ¡qué más da! Todavía me acuerdo de cuánto le gustaba a Alfonso deshacerme el moño, hundirse en mi pelo; se quedaba ahí quieto, olisqueando como un perrillo, y yo tenía que llamarlo:

—Alfonso, Alfonso.

O:

—Darling.

Ahora llevo otro peinado, las ondas me las hacen con unas peinetas especiales que me traen de mi coiffeur en París, Antoine, que viajó a Madrid expresamente para cortarme la melena, en la víspera de nuestro viaje a Barcelona para inaugurar la Exposición Universal, porque quería llevar los sombreros cloche que tan de moda estaban. Pensé que Alfonso me iba a reñir; siempre decía que las reinas teníamos que llevar el pelo largo, por las diademas. Pero la verdad es que ni siquiera se dio cuenta, porque acababa de tener un hijo con la que no quiero nombrar. Sano, claro está, sano.

Cuando conocí a Alfonso, era tan rubia que él pensaba que era albina, pero cuando llegué a España se me oscureció el cabello, ¡esa famosa agua de Lozoya!, y me lo empecé a aclarar con Camomila Intea; me la echaba en el pelo, que me llegaba hasta la cintura, y luego me ponía de espaldas al sol y mis damas me untaban con limón y con miel hasta que se me secaba, pero ahora me lo he dejado de mi color natural, porque ya no tengo que seguir siendo la dulce inglesa que vino del país de las brumas, como me llamaban los periodistas cursis que tanto nos hacían reír. Aún recuerdo uno que escribió en La Ilustración Española: «El frío de su tierra lejana ha esculpido sus egregias formas de estatua de alabastro como el viento del norte esculpe la mole imponente de los icebergs».

Y yo le decía a Alfonso:

—Por Dios, qué ignorantes son tus españoles, ¡ni que fuera una esquimal!

Está oscuro, son tan débiles las luces de este hotel de medio pelo tan lejos de París que los chicos se aburren, aunque al pobre Alfonsito lo hemos tenido que enviar a Neuilly, a una clínica carísima, además le tenemos que pagar un enfermero particular y la estancia de su médico, el bueno de Carlos Elósegui.

Dice que está mejor y que apenas tiene que usar el bastón para caminar. Ahí tengo su última carta, quelle horreur!, llena de faltas de ortografía hasta para mí, que nunca he podido dominar el español hablado y mucho menos el escrito. «Me avurro mucho desde la última carta que me escribistes, no les des recuerdos ni a Bea ni a Crista, son unas cochinas que no vienen a verme...».

Qué mala preparación le hemos dado a nuestro niño, ya no para ser rey, que nunca lo será, sino para desenvolverse en esta vida que tan dura le está resultando. Esta constelación de desgracias atroces que a todos nos están afligiendo.

Las encinas del jardín llegan hasta los cristales de las ventanas y proyectan sombras que me dan miedo; con la tormenta, las ramas se agitan y parecen dedos que saludan. El fogonazo de un relámpago inunda la habitación, pero, un momento, ¿qué es esta cara que veo en el espejo, quién es esta señora de mediana edad que me está mirando? Soy yo, soy yo. Soy Ena. Son mis cuarenta años. Los treinta, los nueve.

Veinte. Siempre la misma, pero tan distinta. Ojos grandes, sí, algo juntos, pero uno un poco más abierto que el otro. Alfonso ahora también los tiene así, un ojo triste y semicerrado y el otro alerta y alegre. Pero mis párpados siempre están enrojecidos, con bolsas moradas debajo. El color, sí, el color está ahí, en las pupilas, el azul de las turquesas de Brasil que me regaló el rey y que me acaba de devolver la República española.

Me han dicho las chicas, no se dónde aprenden estas cosas, que las artistas de Hollywood se estiran la piel para parecer más jóvenes, quizás yo también lo haga, odio esta papada so ugly, la tengo como la de mamá. Y la boca triste, shit, ¿la boca triste?, arruguitas alrededor de los labios de tanto fumar, sonrío, las comisuras hacia arriba, los surcos se tensan, suben los pómulos, los ojos se achican, vuelvo a ponerme seria, las mejillas descienden, sólo tengo cuarenta y cuatro años, pero qué mal he envejecido.

Fuera falda negra, fuera combinación, huele tenazmente a mi perfume y a polvos de arroz de Elizabeth Arden. El sujetador que tanto escandaliza a mis damas, lo llevo muy flojo porque me oprime el pecho. La faja es tan fea, nunca dejé que Alfonso me la viera puesta, ¿sabré sacarme las medias? Ay, una se ha roto, vamos a ver cuántos pares me quedan. Para los dessous sólo puedo llevar seda natural cosida a mano con hilos de seda tan finos como telarañas, me los hacen en la Maison Lucile. Todo fuera, todo fuera. Hace frío.

Este cuerpo. He traído ocho hijos al mundo, que han estado en este vientre, aquí adentro. ¿Por qué los cirujanos españoles son tan brutos y no saben coser? Están acostumbrados a operar en las plazas de toros; mi cuerpo está tan lleno de cornadas como el de Lagartijo.

—Tienes el cuello tan blanco que si bebieras vino tinto se transparentaría.

—¡Copión! ¡Que eso es de un poema de Lope de Vega!

La garganta era tan bella
que en la blancura que pinto
si bebiera vino tinto
se viera el color con ella.

—¡Marisabidilla! ¡No quiero que mi chiquituca lea tantos librotos, se volverá macho y ya no querrá a su salvaje y analfabeto español! ¡Le voy a decir a mi madre que sólo te dejen leer la Biblia!

—Alfonso, que el Cantar de los Cantares es muy sensual.

Y él gritaba, daba saltos en la cama, agitaba la almohada hasta que dejaba un reguero de plumas por toda la habitación.

«Eso, eso, sensualidad y lujuria es lo que nos conviene, porque últimamente estamos un poco desganados, madame».

Este pecho que tanto le gustaba acariciar. La cintura que me podía rodear con las manos. Los brazos todavía están suaves.

Su susurro en la alta noche:

—La piel te brilla como el nácar. Mira, es como el mango de tu juego de tocador.

Y yo le preguntaba:

—¿La piel de las españolas no es así?

Alfonso se reía, con la herida abierta de sus dientes. Olía a ámbar, a tabaco y a cuero de Rusia:

—No, no es así.

Y con la mano me pellizcaba hasta hacerme gritar:

—Y «esto» no lo tienen rubio como tú, sino de color negro como el pelo de un africano.

Y yo alimentaba mis celos, que se convertían en una hoguera que me devoraba entera, y mientras hacía el amor con él me acosaban imágenes de españolas morenas, delgadas y huesudas.

Yo siempre estaba callada; intentaba concentrarme en alguna imagen voluptuosa que me hiciera sentir un placer que no llegaba nunca. Cuando estaba a punto, casi podía alcanzarlo, Alfonso se quejaba:

—Pero grita, Ena, si no, me parece que no sientes nada.

Aunque luego se reía mientras encendía un cigarrillo:

—Mujer, yo tampoco quiero que me cantes una sevillana, pero un poco más animadita sí que podrías estar...

Y yo le contestaba:

—Pues la próxima vez te cantaré una saeta...

Y Alfonso gritaba: «¡Una saeta no, una saeta no!», y me tiraba plumas, el camisón, los cigarrillos, las zapatillas de raso, y yo le decía con la boca enterrada en las sábanas: «Una saeta, una saeta, te vooooooy aaa...», y él se derrumbaba encima mío hasta ahogarme, riéndose a carcajadas. Qué bien se reía Alfonso cuando reía conmigo.

¿Cuánto tiempo hace que no oigo esa risa? ¿Cuánto tiempo hace que nadie me acaricia? ¿Cuánto tiempo desde la última vez que hicimos el amor? Aunque al final a eso no se le podía llamar hacer el amor, sino hacer hijos, porque únicamente ya venía a mí para hacerme otro hijo. «¡De una puñetera vez sano, coño, a ver si de una puñetera vez pares un hijo sano!», me decía llorando de rabia y sufriendo como una bestia, como yo. Pero eso no era hacer el amor, no, hacer el amor no, ese llorar mientras me penetraba, aguantarme el llanto, el dolor tremendo. ¿Cuánto tiempo hace? A ver, estamos a 15 de diciembre de 1931. Gonzalín nació el 24 de octubre de 1914, y nueve meses antes lo recibí dentro de mí por última vez. Lo recuerdo perfectamente, porque después se retiró con brusquedad y, mientras se vestía para correr a otros brazos, mascullaba:

—Es como estar con una muerta, mierda, nunca más.

Suenan las campanadas de la iglesia de San Vicente de Paúl, que está al lado del hotel... nueve, diez... son las diez de la noche. Ellos las están oyendo también, seguramente los dos fuman mirando al techo, cansados, agotados, aunque a veces me parece oír la voz de Neneta; me molesta tanto que me duelen hasta los dientes. Rosario me ha contado que Alfonso tiene una habitación en París únicamente para fuck, en el Meurice, pero si tiene que pasar aquí unos días se trae a una de sus putas, porque, para mí, Neneta es una puta como las otras, por mucho que sea marquesa y grande de España, y se acuesta con ella sin importarle el daño que me hace, la humillación a que me somete. Incluso me coge mis cigarrillos egipcios para su amante. Hace un rato, un camarero se ha equivocado y ha traído aquí una botella de Veuve Clicquot, dos copas de champagne, bombones. Cuando le he dicho que yo no había pedido nada, me ha contestado tranquilamente:

—Pardon, madame, c'est pour le roi.

Me lo ha dicho a mí, a Victoria Eugenia, la reina de España.

La lluvia, a ráfagas, sacude los cristales. Estoy desnuda y tengo frío. Menos mal que Rosario me ha dejado la bata de terciopelo y armiño que tanto calienta, me acoge como los brazos de mi hombre amado, como los brazos de mi padre.

Le he dicho que quiero estar sola. Tengo muchas cosas en qué pensar esta noche. ¿Dónde está el frasco de veronal? Ah, sí, aquí, en la cómoda, junto a una foto del «Príncipe de Asturias, el infante don Jaime y la infanta Beatriz», qué manía de colorearlas a mano, todos tienen mofletes sonrosados de querubines, cuando en realidad estaban bastante pálidos. Están los tres sentados en la alfombra de mi gabinete, y el ayudante del fotógrafo trajo flores para esparcirlas por el suelo. Los niños llevan unos jerseys de tricot que les enviaba mamá desde Sheffield, y la niña un

trajecito amarillo, recuerdo que era amarillo, de plumetis, con pechera rizada. Sus ayas los habían peinado cuidadosamente con agua y fijador, y les habían trazado una raya impecable a los niños, y un kikirikí, como se llamaba entonces, a la niña, que a mí no me gustaba nada. Miran al militar que siempre les acompañaba, Jaime con esa sempiterna sonrisa que pone el aislamiento de su sordera en su rostro, Beatriz atenta y vigilante, como siempre, y mi Alfonsito, mi niño-mártir, se lleva la mano a la frente en un perfecto saludo militar. Esboza apenas una sonrisa triste, porque teme no haber estado lo suficientemente marcial y que su padre se lo reproche. Entonces eran mis tres únicos hijos, pero Alfonso ya había dejado preñada a la niñera de los niños, Muirean, de una niña pelirroja y perfectamente sana. Alfonso estaba haciendo su trabajo con gran eficacia: primero me destrozaba a mí, después destrozaría el trono y, por último, a nuestra familia.

Voy a arrimar la chaise longue al radiador, desde aquí se ve el jardín devorado por la sombra y por la lluvia. Venid, pasado, con vuestro cortejo de alegrías y quebrantos, muertos, los niños que fuisteis, pequeña Ena, mamá, papá, ese Alfonso feo e inseguro de diecinueve años, venid perfumes, finas sedas, cibelinas y crêpe marocain, esmeraldas y brillantes, venid los ladridos alegres de los perros que se han ido, que el mundo se pare en este momento, que se detengan los relojes y la tormenta, que nadie mencione mi nombre esta noche. Porque ahora no necesito nada más que mis cigarrillos, unas gotas de Coty y mis recuerdos.